

sar su pobreza, en despecho de su orgullo.

— Los soldados de la cruz, dijo, no deben apegarse á goces terrenos, ni á pompas humanas; cuando pelean por rescatar el sepulcro del Salvador. Poco montan los trabajos y fatigas que en esta empresa nos molesten, si despues nos aguardan los eternos resplandores, y las palmas victoriosas que ya han conseguido los que antes que nosotros han transitado por estos desiertos.

Este era el discurso mas metafórico que habia salido jamas de los labios de sir Tomas, el cual hablaba muy en contra de su sentir, porque es fama que gustaba en demasía de buenos bocados y de trenes pomposos. Al fin, los dos caballeros llegaron á una extremidad de los reales, donde tenia su residencia sir Kenneth, el del Leopardo.

Las apariencias presentaban el mas escrupuloso arreglo á las leyes de la mortificacion, que segun habia dicho sir Tomas, debian ser la norma de los guerreros de la cruz. En un espacio de tierra capaz de contener treinta tiendas, segun las reglas que

los cruzados observaban en sus campamentos, solo se veian algunas pobres cabañas, groseramente construidas de ramazon y arbustos, y cubiertas de hojas de palma; porque el caballero escoces habia pedido, por ostentacion, mayor extension que la que necesitaba. Desiertas estaban estas mezquinas habitaciones, y muchas de ellas amenazando ruina. La que ocupaba el centro, y parecia destinada al caudillo, se distinguia por un pendon, colocado en la extremidad de una lanza, de la que pendian sus largos pliegues hasta el suelo, como si tambien sintiera los influjos maléficós del ardiente sol del Asia. Ni escudero, ni page, ni aun siquiera un alabardero guardaba aquella marchita insignia del poder feudal, y de la dignidad caballerezca. Si su propia reputacion no la preservaba de insulto, ninguna otra custodia velaba en torno de ella.

Sir Kenneth echó una triste ojeada en aquel desnudo y pobre aparato, mas supo reprimir su sentimiento, é hizo seña á sir Tomas, que le siguiese á lo interior. Tambien



el baron observó atentamente este extraño espectáculo, con impulsos secretos de compasion, que probablemente irian acompañados de desprecio, porque el desprecio, unas veces, y otras el amor son los naturales compañeros de la piedad que excitan los males ajenos en el corazon. Bajó la cabeza, por ser la puerta demasiado humilde para su altivo penacho, y entró en la cabaña, en la que se le figuró que no habia espacio suficiente para su abultada y voluminosa persona.

En lo interior habia dos camas. La una era la de sir Kenneth, y se componia de silvestres hojas, cubiertas con una piel de venado; encima se veian algunas piezas de armadura, y á la cabecera, un crucifijo de plata, dispuesto con algun aseo y adorno. En la otra yacia el enfermo de quien el Escoces habia hablado; hombre que representaba ser de mediana edad, de fuerte complexion, y de facciones ásperas y duras. Su colchon, si este nombre puede dársele, era mas blando y mullido que el de su amo, y le servian de abrigo, el manto de

que los caballeros se servian en tiempos pacíficos, y algunas otras piezas del equipage de sir Kenneth, que este habia destinado á la comodidad de su fiel servidor. En una separacion exterior, que sir Tomas podia ver desde el punto en que se hallaba, estaba de rodillas un mancebo, delante de un brasero lleno de carbon, preparando en un plato de hierro las tortas de pan de cebada, que eran entonces, como lo son en el dia, el manjar favorito de la gente de Escocia. De una de las principales estacas que sostenian el techo de la cabaña, (porque mas que él de tienda este nombre merecia) colgaba medio venado, producto sin duda de la caza, como mas claramente lo denotaba un hermoso alano, que seguia con los ojos los movimientos del mancebo de las tortas, y que sobrepujaba en tamaño, robustez y regularidad de proporciones á todos los que tenia el rey Ricardo. El sagaz animal, al oir ruido prorumpió en un gruñido sordo y profundo, semejante al trueno que retumba entre peñascosas montañas; mas al descu-



brir y reconocer á su amo , cesaron los indicios de su enojo, meneó blandamente la larga cola, agitó la cabeza, y se astuvo de otras ruidosas señales de alegría, como si su generoso instinto le diese á conocer que el silencio es cosa necesaria en la habitacion del que padece.

Junto á la cama del escudero, sobre un cogin de pieles, estaba cruzado de piernas, segun la moda de los orientales, el médico de quien habia hablado sir Kenneth. A la escasa luz que iluminaba todo aquel recinto, poco se podia distinguir de su persona, salvo la parte interior del rostro, cubierta de una negra y espesa barba, que le caia hasta el pecho; el alto *tolpach*, ó gorro tártaro de lana de carnero, fabricado en Astracan, y el ancho y pomposo *castan*, ó sobreveste turca, de color oscuro. Las únicas facciones que podian columbrarse de su fisionomía, en medio de la oscuridad que le rodeaba, eran dos ojos, que centelleaban con un fuego y un brillo extraordinarios. El Ingles se mantuvo algun rato silencioso,

como si le inspirase respeto todo lo que estaba presenciando, porque á pesar de su natural aspereza, la pobreza y la desventura, firmemente sobrellevadas sin arrancar un murmullo de queja ni exasperacion, era un espectáculo mas digno de la veneracion de un hombre tan recto y generoso como sir Tomas, que la pompa de las cámaras de los reyes mas poderosos, excepto la de su rey y señor. Durante algunos minutos nada se oia en el rústico pabellon de sir Kenneth, sino la fuerte y pausada respiracion del enfermo, que parecia gozar de un plácido reposo.

— Hace seis noches, que no duerme, dijo al fin el del Leopardo, segun me ha referido ese mancebo que le asiste.

— Noble Escoces, dijo sir Tomas, apretando á sir Kenneth la mano, con una cordialidad que su gesto interpretaba mas claramente que sus palabras. Menester es que todo esto mude de aspecto. Ese hombre está de cuidado, y necesita de otras comodidades.

Estas últimas palabras fueron proferidas en el tono recio y sonoro de su voz acos-



tumbrada, en términos que llegaron á oídos del enfermo, y le interrumpieron el sueño de que gozaba.

— Mi señor, dijo el escudero en voz confusa, como si estuviera soñando, noble sir Kenneth ¿no os parecen gustosas y salutíferas las aguas del Clyde\* despues de los fangosos manantiales de Palestina?

— Sueña en su tierra nativa, dijo sir Kenneth al oído al baron, y es feliz en sus ilusiones. Mas apenas habia pronunciado estas palabras, cuando el médico que no se habia separado de la tabecera, teniendo en sus manos las del enfermo, y observándole cuidadosamente los movimientos del pulso, se levantó con pausa y compostura, se acercó á los dos caballeros, los tomó por las manos, y haciéndoles señas de que guardasen silencio los llevó hácia la puerta del pabellon.

— En nombre, dijo, de Issa-Ben-Mariam, á quien nosotros reverenciamos como vosotros, aunque no con la misma ciega supersticion, que no turbeis el efecto de la

\* Rio de Escocia.

bendita medicina que acaba de tomar. Despertarle ahora, es matarle, ó á lo menos, privarle de razon. Volved á la hora en que el Muezzin anuncia desde el minaret la de rezar en la mezquita, y si entre tanto se le deja tranquilo, os prometo que sin perjuicio de su salud, podreis tener con él alguna breve plática, y que podrá responder acerca de todo lo que le preguntéis, sobre todo si su amo le dirige la palabra.

Los caballeros se retiraron en cumplimiento del mandato del doctor, el cual ponia entonces en práctica el proverbio, oriental que dice, que la cámara del paciente es el reino del físico.

Los dos permanecieron parados á la puerta del pabellon, como si el Escoces fuese á despedir al Ingles, y este tuviese algun motivo secreto que le impidiere salir. El alano, entre tanto, los habia precedido fuera de la tienda, y parándose á la puerta, apoyó la cabeza en la mano de su dueño, en ademan de implorar de él modestamente alguna señal de halago y caricia. Apenas hú-



bola recibido, pronto á manifestar su gratitud y su alegría por la vuelta de su amo, echó á correr cuanto mas podia, alzando pomposamente la cola, y recorriendo á derecha é izquierda y por uno y otro lado, los intervalos de las decaidas chozas, y la esplanada en que estaban situadas, pero sin pasar de los límites que conocia por su instinto estaban bajo la proteccion del pendon de sir Kenneth. Despues de estas festivas demostraciones, volvió á donde estaba su dueño, tomó de nuevo su aspecto grave y mal humorado, como si se arrepintiese de haber faltado al órden y al respeto que exigia la presencia de su señor.

Los dos caballeros le observaron con satisfaccion, porque sir Kenneth se vanagloriaba de tener uno de los mejores perros del mundo, y el baron ingles, gran aficionado á montería, pasaba por buen conocedor de todo lo perteneciente á este ejercicio.

— Buen animal por cierto, dijo sir Tomas, presumo, buen caballero, que no tiene el rey Ricardo un alano que se las pueda apostar

con el vuestro, si como es ligero en la carrera es aficionado en el monte: pero sin que sea daros ofensa, ¿no teneis noticia del edicto en que el rey prohíbe tener perros de caza, sin su permiso, en el campamento, á todo caballero de conde abajo? Creo que no estais autorizado á ello, y os hablo como maestro de la caballería.

— Y yo os respondo como caballero libre escoces, dijo con grave aspecto el del Leopardo, que si por ahora sigo las banderas del rey Ricardo, no me creo obligado, no siendo vasallo suyo, á obedecer sus ordenanzas de montería, y no estoy por cierto de humor de someterme á ellas. Cuando la trompeta suena al arma, mi pie es el primero que toma el estribo; cuando toca el ataque no es mi lanza la última que se pone en ristre. Esto y no mas es lo que puede y debe requerir de mí vuestro monarca: pero en las horas de ocio y descanso el rey Ricardo no tiene derecho á privarme de mi recreo y solaz.

— Con todo eso, dijo el baron, es desacuerdo faltar á un edicto de su magestad,



y si lo teneis á bien, yo que ejerzo autoridad en estas materias, os enviaré un permiso que os sirva de salvaguardia.

— Os doy las gracias, respondió friamente el Escoces, mas estos son, milor, los cuarteles que me han sido señalados, y en ellos no es menester de mas salvaguardia que de mí mismo. Mas presumo, añadió mudando de tono, que esta respuesta no corresponde á la bondad que me habeis manifestado. Os doy por ella gracias, con todo mi corazon, Los escuderos y picadores del rey pueden, si asi les agrada, perseguir á mi fiel Roswal, y hacerle daño: mas yo no tardaré mucho en vengarle, y suceda lo que sucediere. Harto habeis visto de mi casa y servidumbre doméstica, para conocer que Roswal es mi principal proveedor, y así lo confieso sin rubor ni empacho, y no creo que el Leon de Inglaterra sea como el de la fábula que cuentan los yuglares, el cual convidó á otras fieras á una cacería, y se quedó con todo lo que se habia cazado. De poco le puede aprovechar molestar á un pobre ceballero, que le sigue

fiel y lealmente, y privarle de una diversion honesta, y de una pierna de venado, que á fe mia sabe muy bien, cuando el bolsillo no permite otra cosa.

— No decis mas del rey que lo que se merece, respondió De Vaux; justo y equitativo es para con todos, pero los príncipes normandos ya sabeis que pierden la cabeza cuando oyen hablar de monterías y de venados.

— Por ahí corren voces, dijo el Escoces, traídas por trovadores y peregrinos, de que allá en vuestra Inglaterra se han formado grandes bandas de descontentos, por esas prohibiciones rigurosas sobre la caza, las cuales infestan los condados de York y de Nottingham, y tienen á la cabeza un diestrísimo ballestero, llamado Robin Hood, con su teniente Juanito. Paréceme que mejor haria el rey Ricardo en relajar sus leyes de montería en sus propios estados, que en venir á darlas con mas severidad en Palestina.

— Mal negocio, sir Kenneth, respondió el baron, encogiéndose de hombros, como si no le gustase la conversacion, mas dejemos



esto por ahora, y quedaos con Dios, que estoy haciendo falta en la tienda del rey. A la hora de vísperas volveré con vuestro permiso á vuestros cuarteles, y hablaré con el doctor pagano. Al mismo tiempo, sin haceros ofensa, quisiera enviaros algunas provisiones.

— Os lo agradezco, respondió sir Kenneth, pero en verdad que no las necesito; Roswal me ha provisto para dos semanas, y el sol de Palestina tan bueno es para dar calentura, como para secar la carne, á guisa de cocina alemana.

— Con esto se separaron los dos guerreros, mucho mas amistosamente que en su primer encuentro, mas antes de retirarse el de Gisland se informó de todos los pormenores relativos al médico musulman, y recibió de manos del caballero escoces las credenciales que traia para el rey Ricardo, de parte del soldan Saladino.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



